

del doctor. Esta llegará al campo con grandes deseos de seducción o cosa semejante, pero es precisamente la incapacidad de entenderla, de acompañarla, de enfrentar abiertamente una sexualidad femenina extraordinaria, lo que conduce al final funesto. Esto se percibe en la manera en que Amelia no participa en la narración, quedando al margen de toda representación lingüística de su caso. Es la voz de la sociedad la que le retrata como anormal, a la vez que reprime su verdadera condición e impide que se le comprenda. Desde otra óptica, la necesidad imperiosa que siente Amelia de seducir o de ser seducida no deja de funcionar también como una reacción en contra de las limitaciones que le impone la burguesía del Paraguay. Al mandarla al campo, ¿se sugiere una creencia en la capacidad regeneradora del entorno natural?, o ¿se busca ocultar un comportamiento inadmisibles para la ciudad? Aparentemente, su transgresión consiste en leer en exceso, según explicación del padre:

—Va a rendir el quinto grado [...]. Y no anda muy bien de la cabeza. Tiene unas cosas muy raras. Los médicos dicen que son trastornos del crecimiento. Pero yo creo que es solamente cansancio mental, por estudio, ¿sabe? La chica lee mucho. Quieren que salga al campo, a descansar. (170)

Los obreros terminan por hacerle pagar ese exceso de deseo femenino, y la muerte de Amelia no figura como destino merecido sino como tragedia. Igual que Cesarina, ha buscado una forma de expresar su sexualidad, pero ha encontrado peor solución. No se le manda a Amelia a un entorno natural, sano, sino a casa de Rosendo Alderete, quien ha maniobrado políticamente para conseguir los favores del Doctor. Alderete, a su vez, ha perseguido a los peones que ocupaban las tierras recibidas como pago, afirmando: «No voy a estar engordando a enemigos de mi partido, a rebeldes, a sinvergüenzas... dijo cerrando el capítulo de la expulsión de ese centenar de esclavos que se tuvieron que ir con sus mujeres y sus críos...» (169) Lo único que puede ofrecer Alderete de vida campestre, reponedora, es su simulacro. Y él mismo ha definido a los campesinos como enemigos, estableciendo una de las bases del desenlace y su causa.

La hija del Doctor, producto de un contexto degradado, de familia representante de la opresión, está destinada, por ser mujer, primero a la perversión, y luego a la victimización. En ella los peones castigan a los de su clase, al padre que nunca presencia el daño que causa su comportamiento, directa o indirectamente. El mismo Alderete siente cómo Amelia es signo y símbolo de su padre y el conjunto de significados que es el Doctor:

Por la noche tenía sueños difíciles junto a su mujer que roncaba y cuyas carnes se iban quedando como charque duro. Estaba lleno de vergüenza y de una exasperación. No podía despegar de la muchacha la imagen del padre. Era él mismo quien se erguía sonriente, impasible, con sus anteojos oscuros y su colmillo de oro, en el centro de la visión obsesionante que pasaba a horcajadas sobre el caballo. (173)

Y es el deseo de dinero, de cobrar lo que se le debe, lo que en última instancia lo aleja de la finca y posibilita la venganza de la peonada. Porque el deseo sexual

de la joven y de los trabajadores adquiere carácter de agresión no humana, ella ya más deshumanizada («Desnuda y blanca, semejaba un pescado muerto, pero todavía palpitante, parecido a una mujer, sobre la que iban trepando...»; 174-5) que otra cosa, hechos animales los peones. Es Amelia, literal y simbólicamente, el cuerpo del delito y también el espacio en el cual se enfrentan dos grupos sociales, dos deseos y dos excesos, productos de esas ideologías enfrentadas. El cariz violento del conflicto recibe su inscripción en el cuerpo femenino, que a su vez pierde sus rasgos naturales para figurar como texto distorsionado, improductivo, moribundo, incapaz al final de transmitir su verdadero mensaje.

También la alemana de «El trueno entre las hojas» sufre las consecuencias de su vida sexual exagerada: su amante preferido, el mulato, es muerto por bala desconocida. Podría parecer un simple ejemplo de ninfomanía; por otra parte carece de elementos humorísticos a pesar de su mote de «Vaca Brava». Más bien es otra figura trágica, aunque en menor grado, debido a la necesidad de ordenar a los peones del ingenio a que le satisfagan su sed de hombres. Nótese que ella también es de fuera, es extranjera, esposa de un extranjero que posiblemente la trate o ignore como a los peones paraguayos. Engañar a su esposo blanco con hombres indígenas aumenta la fuerza de su respuesta ante la represión o menosprecio del marido. El trato de él no es explícito en el texto del cuento, pero su total silencio y ausencia ante las actividades de su mujer debería indicar la falta de comunicación entre los dos. Se puede añadir a la soledad de la alemana su edad: no es que sea muy mayor, pero sí está en los últimos años en que se admite el papel de seductora para la mujer en muchas sociedades. Se convierte en amazona y se vale de su posición como esposa del capataz para conseguir lo que no le es asequible dentro del matrimonio, tal vez compensando la falta de cariño por la frecuencia y variedad de encuentros con otros.

Hay dos personajes que cumplen una función semejante, y un tercero que lo hace de manera más indirecta o definida. Alicia Morel, de «La tumba viva», Poilú, de «La rogativa» y la nunca presente Isabel Miscowsky de «El karuguá» son jóvenes que se sacrifican por los demás. En los tres casos, hay que destacar también las dimensiones míticas de su papel, incluso en un sentido de su simbolismo de figura crítica en femenino. Pero precisamente creemos que esa función sacrificial escamotea su posible victimización (King, 295), insertándola en un papel ritualístico y trascendente.

Alicia Morel es hija del patrón español, quien o no quiere ayudar a los peones cuyos hijos van desapareciendo, o no cree en la existencia/peligro del ser monstruoso que aparentemente comete los crímenes. El enano o yasy-yateré es conocido como figura de la mitología guaraní; roba a los niños y los decapita para beber su sangre y así curarse de la lepra. Ante la negativa de su padre de ayudar a los que le explican los trágicos sucesos, Alicia tranquilamente sale a su encuentro, protegida únicamente por la cruz que lleva al cuello. El dolor del padre al descubrir su desaparición marca todavía más la absoluta despreocupación por la vida de sus peones, cuyos hijos valen poco o nada. El no haber pensado antes en que pudiera peligrar la vida de su propia

hija también aumenta la conciencia de clase del autor. Y la participación pasiva del hermano, quien sabe lo que piensa hacer su hermanita y no trata de evitarlo, resalta el aspecto individualista de él en comparación con los intereses colectivos que la pequeña Alicia intenta servir. Ella se sacrifica, parecería que a sabiendas, mientras que el padre y el hermano no hacen nada. Quince años más tarde el nivel de su sufrimiento se llega a conocer, cuando se descubre el esqueleto encadenado a un árbol. Al mismo tiempo, y según palabras textuales del narrador, Alicia se ha convertido en ángel de la guarda (Foster, 44), o en otras palabras, ha alcanzado un nivel mítico-mágico, superior al que tenía en vida, en el hogar que incluía dos personajes masculinos impenetrables respecto a su forma de pensar y su capacidad de actuar. La niña ha logrado lo que ningún peón ha conseguido: desatar la rabia del padre de tal forma que se dedique a la caza del enano asesino hasta cogerlo.

Poilú es otra niña atraída por la fuerza de lo sobrenatural, y su fin sobrepasa los límites de lo que se podría llamar simple «superstición» popular. Es decir, se le explica que la flor de *yasy-möröt* salvará a la gente de la sequía y ella no ve otra solución que la de buscarla. El viejo que le cuenta como hacerlo es un marginado del pueblo, pero no es malo. O podrá serlo, y su historia, causante de la muerte de Poilú, es una especie de venganza del trato que le han dado. De todas maneras, cuando es apedreada al final, después de traer en brazos a la niña muerta, la rabia popular simboliza la creencia en su culpabilidad y la conciencia colectiva de la actuación de la niña, cuya importancia se subraya aun más porque empieza a llover. El relato no aclara la verdadera relación niña/flor-sequía/lluvia, pero las yuxtapone de manera que la búsqueda de Poilú sea contigua a la llegada del agua tan necesitada. Estos dos sacrificios podrían verse como la «Judeo-Christian tradition in which great works are accomplished by individual sacrifices» (Foster, 42). Igualmente, podrían interpretarse, no sólo de acuerdo con ese aspecto individual, sino también en términos de su participación en una condición o capacidad colectiva, es decir, como integrantes de una serie de sacrificios que benefician a los grupos populares. En un sentido la hija del *Doctor* no sería un caso de sacrificio, porque su violación no redime a nadie, aunque sí presenta en cierto nivel grotesco el castigo de una clase por otra, el nuevo texto que testimonia el crimen de base que es la explotación.

Isabel Miscowsky es una figura mucho más distante; no aparece nunca en «El Karugá» salvo por referencia y como ser que atrae al narrador y suscita los comentarios condenatorios del pueblo. Es su figura la que da origen al encuentro y viaje de Sergio Miscowsky, polaco ya convertido en paraguayo aunque todavía forastero en ciertos sentidos, y el narrador. Isabel, hija de la hermana de Sergio y el predicador Aparicio Ojeda, ha adquirido carácter de redentora, por ser su padre hombre de Dios, líder religioso de una colonia de seguidores. Se salvó del suicidio colectivo para luego convertirse en objeto de especulaciones sobre su relación con el tío. Este no permite que ella tenga ningún contacto con el mundo exterior, o no quiere que se sepa que ha muerto, y precisamente esta ambigüedad confiere a la joven una identidad borrosa,